

APOLO

AÑO VII

Nos 59 al 63

REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

--- DE PÉREZ Y CURIS ---



~ MONTEVIDEO ~

~ ENERO A MAYO DE 1912 ~

Libros recibidos

CANTOS DE LA CARNE Y DEL REINO INTERIOR (cantos civiles), *por J. T. Arreaza Calatrava* — Madrid; ENSAYOS (poesías), *por Luis G. Martínez M.* — Caracas; ENSAYOS CRÍTICOS; I. GASTON F. DELIGNE, *por Manuel F. Cestero* — Santo Domingo; LEYENDA DE ORO (poesías), *por Cornelio Hispano* — Caracas; PENSAMIENTOS Y OBSERVACIONES, *por Luis Vigil* — Montevideo; MISAS DE PRIMAVERA (poesías), *por Jorge González Bastías* — Santiago de Chile; LA BATAILLE DE TRÍPOLI, *por F. T. Marinetti* — Milano; LA HIDRA (novela), *por Manuel Valcárcel y Julián Martín de Salazar* — Madrid; ALLÁ LEJOS (poesías), *por Julio J. Casal* — Madrid; LAS PRIMAVERAS DEL JARDÍN (poesías), *por Montiel Ballesteros* — Salto oriental; TRANSICIONES (poesías), *por Vázquez Yepes* — Barcelona; HUERTO AGNÓSTICO, *por Vargas Vila* — París.

Obras de Pérez y Curis Publicadas

Poesía

"La canción de las crisálidas" }	1 tomo \$ 0.50
"El poema de la carne" }	
"Heliotropos" (Segunda edición)	1 " " 0.40
"Alma de idilio y Rimas sentimentales"	1 " " 0.50
"La epopeya de la vida" (Edición de la casa Ollendorff, de París)	1 " " 0.75

Prosa

"Rosa ígnea, cuentos (Segunda edición) . . .	1 " " 0.25
"Por jardines ajenos" (Edición de la casa Gra- nada, de Barcelona)	1 " " 0.50

De inmediata publicación

"El poema de los besos", poesías (Edición de la casa Bouret, de París), encuadrada en tela .	1 tomo \$ 0.80
"Estudios literarios: I. ARQUITECTURA DEL VERSO .	1 " "
"La ola", novela	1 " "
"El gesto contemplativo", poesías	1 " "

En preparación

"Literatura y Filosofía"	1 " " —
"Libro de horas de un luchador", prosas de combate .	1 " " —
"Estudios literarios": II. DEL CONCEPTO EN POESÍA .	1 " " —
"Églogas"	1 " " —
"El Marqués de Santillana", estudio	1 " " —

Catálogo de la Librería "Mercurio"

de Luis y Manuel Pérez--Sarandí 240

Suplemento número 1

Mayo de 1912

Biblioteca Científico-Filosófica

TOMOS DE TAMAÑO 19 x 12

Altamira — Cuestiones modernas de Historia	\$ 0.75	decadencia de Roma, 6 tomos	» 5.25
Arreat — La moral en el drama, en la epopeya y en la novela.	» 0.70	Ferrière — Los mitos de la Biblia	» 1.00
Baldwin — Historia del alma	» 1.00	Errores científicos de la Biblia	» 1.00
Binet — Introducción a la Psicología experimental.	» 0.70	La materia y la energía.	» 0.90
Psicología del Razamiento.	» 0.70	La vida y el alma.	» 1.00
El fetichismo en el amor	» 0.75	La causa primera, según los datos experimentales	» 0.90
Boissier — Paseos arqueológicos-Roma y Pompeya.	» 1.00	El alma es la función del cerebro, 2 tomos.	» 1.75
El fin del paganismo, 2 tomos	» 1.75	Fleury — El cuerpo y el alma del niño	» 0.75
Bray — Lo bello.	» 0.90	Nuestros Hijos en el Colegio	» 0.75
Bunge — Principios de psicología individual y social	» 0.70	Fouillée — La moral, el arte y la religión, según Guyau	» 1.00
Bureau — El contrato colectivo del trabajo.	» 1.00	Gauckler — Lo bello y su historia	» 0.70
Cosentini — Sociología genética.	» 0.70	Gow y Reinach — Mierva	» 1.00
Coulanges — La ciudad antigua.	» 1.00	Grasserie — Psicología de las religiones	» 1.00
Cullerre — Fronteras de la locura.	» 0.90	Greenwood — Elementos de pedagogía práctica	» 0.70
Davidson — Una historia de la educación.	» 0.90	Guignebert — Historia antigua del Cristianismo	» 1.00
Delbœuf — El dormir y el soñar	» 0.75	Guyau — Génesis de la idea de tiempo	» 0.70
Féré — Sensación y movimiento	» 0.70	Problemas de la estética contemporánea	» 1.00
Degeneración y criminalidad	» 0.70	Hearn — Kokoro.	» 0.90
Ferrero — Grandeza y		Hampson — Paradojas de la Naturaleza y de la Ciencia.	» 0.70

El Socialismo : Definiciones, Explicaciones, Objeciones, *por Mermeiz.*

Las Constituyentes de la República Española, *por M. Morayta*, Catedrático de la Universidad de Madrid.

El Marqués de Grignan, *por Frédéric Masson*, de la Academia francesa.

Ortología castellana de nombres propios, *por M. de Toro Gisbert.*

Sagasta, Melilla, Cuba, *por Luis Morote.*

La Tierra de los Guanartemes, > > (Canarias Orientales)

Para América desde España, *por Adolfo Posada.*

Los Clásicos de la Mesa (*Brillat Savarin*).

Del Romanticismo al Modernismo, Poetas y Prosistas del Perú, *por Ventura García Calderón.*

Músicos contemporáneos y de otros tiempos, *por Felipe Pedrell.*

Jornadas de Arte, > > >

Orientaciones, > > >

Pasión y muerte de Miguel Servet, *por Pompeyo Gener.*

La Reconquista de América (Reflexiones sobre el panhispanismo), *por Fernando Ortiz*, Catedrático de la Universidad de la Habana.

Bolívar y el general San Martín (La Monarquía en América), *por Carlos A. Villanueva.*

Fernando VII y los nuevos Estados (La Monarquía en América), *por Carlos A. Villanueva.*

Caracteres y críticas de la Sociología, *por Leopoldo Maupas*, Catedrático de la Universidad de Buenos Aires.

Cuentos Selectos (Cándido, Zadig, Micromegas), *de Voltaire.*

Las dos Cáratulas (Esquilo), *por Paul de St-Victor*

Las dos Cáratulas (Sófocles), > > >

Meditando (Hamlet, Plácido, etc.), *por Eugenio M.^a de Hostos.*

Flor y Lava, *por José Martí.*

Sermones morales, *por P. Louis Bourdaloue.*

Introducción á la Vida devota, *por San Francisco de Sales.*

Al Margen de los libros viejos, *por Jules Lemaitre*, de la Academia francesa.

El Cancionero (de H. Heine), *por J. A. Pérez Bonalde.*

En preparación :

Las dos Cáratulas (Shakespeare), *por Paul de St-Victor.*

Sermones dogmáticos *de Bossuet.*

Sermones *de Massillon.*

VOLÚMENES Á 1.20 EN RÚSTICA.

Juan del Enzina — El Auto de Repelón, edición crítica, *por A. Alvarez de la Villa.*

Tratado de Derecho Penal, *por J. Vicente Concha*, (Catedrático de Derecho Penal y otras asignaturas de la Escuela de Derecho de Bogotá).

VOLÚMENES Á 1.80 EN RÚSTICA

Lecciones de Derecho Constitucional, *por Eugenio M. de Hostos.*



Director - Redactor: PÉREZ Y CURIS 64580

Administrador:
LUIS PÉREZ

Redacción y Administración:
Calle TREINTA Y TRES, número 72

AÑO VII

Montevideo, Enero á Mayo

Núms. 59 á 63

¡ADELANTE!

No sin dolor anuncio la entrada de APOLO en su séptimo año de vida. Lo que para otros fuera un motivo de orgullo, no es para mí sino una nueva desilusión del gran rimero que el destino me depara.

Cerradas las puertas de algunos diarios á toda cita de mi nombre y mi revista; antipáticos éstos á ciertos versificadores cuya ética huele á servidumbre y adulación, he tenido que erigirme en juez de mí mismo, y hasta me he visto obligado á castigar la insolencia de algún "parvenu" que, al precio de la lisonja, pretendía "favorecer" á esta revista...

A tal precio, el éxito económico se obtiene fácilmente. ¡Tarea pequeña la de elogiar á unos cuantos mentecatos, á trueque de su favor y su propaganda! Pero, APOLO no ha sido hecho para ese fin repugnante. Otras son las cosas que yo perseguía al fundarlo.

Con el "favor" del público ó sin él, APOLO seguirá viviendo conmigo. Tal es el deber que me he impuesto, y, sin embargo, reconozco la esterilidad de nuestro medio, para las manifestaciones del espíritu.

PÉREZ Y CURIS.

Mayo 30-912.

ESTÉTICA Y FILOSOFÍA

De "Huerto Agnóstico"

¿La potencia musical de la Pintura, no alcanza á ese vago terreno de las líneas sin Poesía, que se llama: Naturaleza Muerta?

el «Buey Despedazado» de Rembrandt, en el Museo del Louvre, ¿no es como una Sinfonía de Sol, más que una repugnante carnicería?

El Sugerimiento; es el Poder Esencial, de un cuadro;

«los Hijos de Eduardo», de Delacroix;

«el Milagro de San Marcos» del Tintoretto;

«el Asesinato de los Inocentes» de la Escuela de San Roque;

¿no son cuadros que sugieren mayor cantidad de Belleza, que la que guardan en sí, como trabajo?

Ticiano, Veroneso, Tieppolo, carecieron de unión religiosa, é hicieron cuadros maravillosos de Vida Religiosa, con motivos religiosos, extendiendo sobre las magnificencias de las carnes cristianas, el encanto de un vago Paganismo, querido á los Papas artistas del Renacimiento

El ardor y, la pureza del Giotto, no igualados sino por Rianadrin, nacen de su pintura, más que una música, un perfume;... un perfume de rosas en Primavera, de jardines multicolores en éxtasis.

Rafael de Urbino, Ticiano, Correggio, el Dominguino, comprendieron mejor que nadie «lo bello considerado como Naturaleza Muerta»;

de ahí la savia viva y, vivificante de sus cuadros, donde al poder armónico de la Composición, se une un vago tinte de Ensueño, una Melancolía pensativa, que deja el alma, turbada y sonadora.

Querer apartar la Pintura de toda intelectualización y, de toda sentimentalización, es, empenarse en hacer un Oficio de lo que es y debe ser un Arte.

¿Se diría una paradoja artística, si se dijese que la «Ronda Nocturna» de Rembrandt, es: un efecto de Sol!

Yo, no creo que todo elemento intelectual y, todo fermento Sentimental, estén proscritos de la Pintura en la Naturaleza Muerta;

fuera del vuelo mental, á que se prestan ciertos motivos de magan-

cencia decorativa, hay en la Pintura de flores, una vaga idealidad sonora, que escapa á toda definición arcaica;

hay en la tristeza de ciertas rosas, tanta Poesía como en el Dolor de ciertos crepúsculos...

La Naturaleza Muerta, en los grandes maestros flamencos del Siglo XVIII, se magnifica de tal modo, que adquiere casi todas las sugestiones del paisaje, como en las exageraciones de Abraham Mignon;

Chardin, Manet, Cezanne, producen efectos admirables, en cuadros simples, fuera de toda actitud decorativa;

á ese respecto, Chardin, sería insuperable, si no existiesen ciertos cuadros de vazquez, en el Museo del Prado;

Chardin, es, á la Naturaleza Muerta, lo que Corot al paisaje: un Poeta, no un estilista, sino un intimista caluroso, velado, delicioso, lleno de sugerimientos de hogar y, de calmas interiores...

Sus cuadros, son sinfonías sencillas, nobles silencios, en los cuales, se cree escuchar el alma de Chopin, preludiando una armonía, en la gama de esos colores, suaves que mueren con la lenta gradación de un crepúsculo otoñal.

Ticiano, demasiado poderoso, demasiado rico de opulencia pictural, es rebelde á los matices, á las tonalidades maravillosos y, uernas: exuberante;

en la transparencia de ciertas telas suyas, que representan cosas interiores; ¿no sorprendéis la fatiga surgida del Esfuerzo?

el poderoso decorador de venecia, que sabe todo de sus fastuosas decoraciones, ignora sus encajes delicados: no sabe qué hacer de ellos; se le rompen entre los dedos, como un hilo de luz, demasiado tenue para sus manos de Titán.

En la Naturaleza Muerta, tal vez es, la uraperia, la que se presta á mayores efectos de preciosidad; pero no de Poesía: he visto á ese respecto, recientemente en Valle Giulia, cuadros de Mancini, que superan á toda idealidad, por la precisión de la forma y, del color, por el espectáculo de Realidad insuperable, que hay en ellos, ya que la reproducción exacta de la Naturaleza, es la columna dorsal, de esta clase de Pintura, tan di-

del, á causa de su limitación sin horizontes;

en la «Dama Setesentista», la morbidez de la tela, la ligereza de los encajes, la modelatura del traje al cuerpo, os dejan adivinar la mujer escultural, que hay bajo aquella fastuosidad de afectos picturales;

en aquellas decoraciones, las cosas tienen una vida propia, y, la revelan, en supremas afirmaciones de luz y colorido;

Mancini, es el D'Annunzio de la Pintura;

el Imaginifico.

El verismo, en pintura, como en Literatura, es hijo del espíritu de análisis;

¿un verista, puede hacer obra de Belleza? sí, si reproduce cosas de Belleza?

crear?

eso, no es cuestión de Verismo, sino de Individualismo; de Genio;

el Genio, lleva en sí todos sus modelos.

La Pintura, más que ningún otro Arte, tiene el deber de ser musical; sólo por esa música, es, un Arte, emocional;

es el juego de la luz y, los colores; la armonía de las líneas; la visualidad íntima del paisaje; la candad y, la tonalidad de los reflejos, lo que constituye la *música de la Pintura*, la indescribible armonía, que se desprende de ella y, la rodea, como una atmósfera.

La luz y, el color, no son en sí, sino cosas extáticas sin otra virtualidad que la que el alma del Pintor les comunica;

la música de las líneas y de los colores, es el alma evocadora del Artista, quien la canta.

¿Habéis leído un poema más bello, que el que se desprende, de una floración de arabescos, sobre un friso antiguo?

os recomiendo á Poestum; allí canta la piedra su más bella Sinfonía, en un nido de nenúfares acuáticos, que ellos también cantan un ritornello de perfumes, en su misteriosa y, blanca serenidad.

No es sino intelectualizándose, que la Pintura se nace verdaderamente, un Arte;

intelectualizarse, es, apartarse de la reproducción, de la imitación servil de la Naturaleza: *Crear*;

crear, con los medios picturales y musicales, que son su esencia;

Gauguin, ha sido el más grande ó acaso el único pintor á ese respecto.

Cuando yo digo *intelectualizar*, no digo *literaturizar*, la pintura;

no;

la literaturización, sería la absorción de la pintura por la literatura; el cuantismo, el cuantismo; formas del clasicismo;

musicalizar la Pintura, he ahí la que la engrandece, sin peligro de ahogarla.

Los intelectuales de la Pintura, son para mí, los grandes emocionistas, que hacen de cada escenario suyo, una sinfonía plástica, llena de armonías imitativas, que hace vibrar los nervios, en ondas descéntricas, como las aguas de un estanque, donde caen una á una las flores de un naranjo, y, las perfuman...

Chardin y, Demat, talvez son, en cierto sentido los intelectualizadores más intensos de la Naturaleza muerta;

dos artistas completos, porque son dos poetas completos.

Los creadores y, reveladores de un Mundo Interno, Leonardo, Miguel Angel, Velázquez, prodigiosos y, embriagantes espíritus, llenos de magnificencias exquisitas y, de portentosas visiones reales, ¿qué fueron sino los Principes del intelectualismo en el Arte?

¿La Naturaleza muerta, es, pues, el extremo del Arte por el Arte?

los prerrafaelistas, los románticos, la cultivaron como tal;

los intelectuales, los modernistas y aun los impresionistas de hoy, se orientan violentamente hacia esa forma de Arte;

¿es una Reacción?

ese Estetismo, es, un Egotismo, atrevimiento, elegante, y fuerte; la forma de los que pintan *para Sí*;

Goya, la extremó en sus últimos años, con un gran acritud de Soledad.

El verismo, tal como apareció de violento, en ciertos espíritus, no fue sin la reacción imprescindible contra el convencionalismo histórico, y, el romanticismo arqueológico, que le precedieron;

muertos sus contrarios, él, se siente morir también, faltar de acción;

he ahí por qué tiene ahora tan pocos representantes, que son apenas sobrevivientes gloriosos de sus antiguas batallas.

Bargastila

IDILIOS RÚSTICOS

Para APOLO.

I

*Doradas trenzas y pupilas como
si todo un cielo diérase añiles;
los modales tan francos y gentiles
cual si los revelara tras de Momo.*

*La dió el amor enérgicos perfiles
y sin embargo es una niña. Romo
de intelecto y pesado como el plomo
disfruta un primo sus diez y ocho abriles.*

*En la majada, á veces, por las tardes,
de regreso las cabras—impaciente—
gira los ojos trémulos, cobardes;*

*se aliña el claro rizo de finura
de oro, y suspira si al fulgor muriente
raya el azul la golondrina oscura...*

II

*Amores pastoriles y sinceros,
besos furtivos y las manos juntas.
En los ojos un cielo de preguntas
y en los labios un mundo de luceros.*

*Mientras el mozo conducía yuntas
de bueyes por los cálidos senderos,
la chica apacentaba sus corderos
por las praderas de verdor difuntas.*

*Se veían de tarde, junto al pozo,
y de sus juramentos y suspiros
y lágrimas triunfaba siempre el mozo.*

*Oh! verdadero amor que brota en brama,
y se place del musgo en los retiros
y entre los sotos de la verde grama!*

Ismael URDANETA.

De «Jardin Solariego».

Nuestros escritores



Dr. Leopoldo Zhevenin (Monsieur Perrichon)

† el 10 de Junio

Vulgaridades

Para Apolo.

Lo que es verdaderamente curioso en nuestra República, es la repugnancia que tiene todo hijo á seguir la carrera de su padre. En Inglaterra y Alemania, por ejemplo, hay tienda de zapatero que ha ido pasando de padres á hijos por cinco ó seis generaciones aumentándose el caudal de cada poseedor sobre el que le dejó su padre, hasta tener casas de campo y haciendas considerables en las provincias, gobernando estos estados él mismo desde el banquillo en que preside á los mozos de zapatería en la capital. Pero en este país los hijos se avergüenzan de la profesión de sus padres y tratan de colocarse todo lo más alto posible sobre ellos. Con este método, ninguna familia se fija en gremio alguno determinado de los que contribuyen al bien de la República por la industria, comercio ó labranza, procurando

todos con increíble anhelo colocarse por este ó por el otro medio en la clase de los aristócratas, menoscabando al Estado de lo que producirían si trabajaran.

La conservación propia del individuo es tan opuesta al bien común de la Sociedad, que una nación compuesta toda de filósofos no tardaría nada en arruinarse.

Las ciencias que parecen influir dulzura ó bondad, y llenar de satisfacción á quien las cultiva, con todo eso no ofrecen sino pesares. ¡A cuánto se expone el que de ellas saca razones para dar á los hombres algún desengaño, ó enseñarles alguna verdad nueva! ¡Cuántas siniestras interpretaciones suscitan la envidia ó la ignorancia, ó ambas juntas! ¡Cuán to pasa el sabio que no supo lisonjear al vulgo!

ESTEBAN ETCHEPARE.

Montevideo, MCMXII.

Los ojos del niño

Para Apolo.

Gozando la suave brisa que ofrenda el río al cercano parque, se hallaban sentados en un banco, bajo la frondosidad murmulante de los eucaliptos, dos niños: un varoncito de nueve años y una niña de cinco. Una mujer de color, en cuyo rostro la viruela había dejado profundas huellas, les acompañaba. Los niños, correctamente vestidos, poseían facciones de delicadeza poco pe-

culiar. El varón, tenía un mirar de íntima tristeza; el dolor brotaba de sus ojos como si éstos se hallaran continuamente preñados de lágrimas. Desbordaba en su mirada la amarga pena de una golondrina herida. La niña se mejava un ser de distinta pasta.

Negros ojos, grandes, por los cuales la vivacidad de su temperamento emanaba á torrentes. Hablaba á su hermanito, el que

parecía no escucharla, ensimismado quien sabe en qué tristes reflexiones.

Cada vez que amargos mirares se posan en mis ojos, reflejan en mi memoria, como un íntimo recuerdo, la visión de este niño.

En lo hondo de su pecho ardía el fuego de una tragedia sentimental. La ferocidad del desprecio humano, que pretendía llegar por momentos como una venganza de la sociedad por hechos de los que en nada podía responsabilizarse.

Su color, aunque blanco, parecía hallarse sombreado por un delicadísimo matiz oscuro. Era en la cabeza, donde la delación de un fraude, ostentábase irre-

mediablemente, en una frondosidad de motas acusadoras.

Descendía de madre de origen africano y padre europeo.

Cuando una noche de horrible fiebre para el hombre, aquella mujer prestó de enfermera incondicional; la vida tenía ya para ellos un sol nuevo. Y se produjo un concubinato de razas y de sentimientos.

Ahora, el hijo, internándose de lleno en la vida de la sociedad, apercibía el fenómeno, sin poder hallar el por qué de tal desigualdad entre sus padres.

Así, anegados de dolor sus ojos, miraba pasar á los otros niños, con largos bucles blondos y madreceitas blancas...

MARCOS FROMENT.

La Musa del Prisionero

Para APOLO.

CAUTIVA BLANCA

¿Vista de lanza empediosa,
Por el amor con que engríes,
Lidieran por tí Zegríes
¿Abencerrajes, hermosa.

¿Es que tu cuerpo es de diosa,
Tus mejillas de alhelíes,
¿una fresca risa ríes
En tu boca, que es de rosa.

Tus labios son franjas gules
En que tus besos entrañas,
¿tus pupilas azules
Son luciérnagas extrañas
Que fulguran tras los tules
De tus sedosas pestañas.

ALGARA MORISCA

En la Alpujarra rocosa
Vuelan alto los borníes,
Que espantan los alalíes
De una trompa belicosa.

Allá, en la cumbre dumosa,
Acosados jabalíes,
Ríñen los fieros Montíes
Su última lucha rabiosa.

¿aunque la algará morisca,
En el breñal do se enrisca,
Horca al que fué su Señor,
Digno fué de la epopeya
Aquél rey Aben-Humeya,
Don Fernando de Valor.

Adriano M. AGUIAR.

SOÑADOR

De «El Poema de los besos»,
próximo á aparecer, editado por
la casa Vda. de Ch. Bouret.

Yo tengo
caudales en oro de ensueños.

¿Quién no sueña? Los parias é ilotas,
resignados, cultivan su ensueño;
y luchan y sufren y lloran sumisos
porque ven su esperanza á lo lejos,
irradiando en las torvas tinieblas
del abismo en que yacen sus ruegos.

El ensueño es sostén de las almas.
¡Oh, qué tristes las últimas horas del reo
que no hubiera soñado un instante,
vivir todavía, sintiéndose bueno!

La mujer que no ha amado, aun aguarda
el amor de unos ojos de fuego,
la caricia sutil de unas manos
viriles, y el himno sonoro del beso.

El poeta
que jamás ha triunfado, por noble y sincero,
sueña un verde laurel todavía,
y he ahí por qué sigue cantando su numen libérrimo.

¡Qué importa que el odio del último esclavo,
tal un pájaro ruin, agorero,
venga á mí, si mis arcas encierran
caudales en oro de ensueños!

Mi conciencia amoral é inflexible
no vacila ni teme; ¡qué importa que el labio proteico
del último infame, sembrando asechanzas, pronuncie mi nombre,
si tengo
este mar de energías: mi Ensueño !

PÉREZ Y CURIS.

Primavera

Para APOLO.

Cantan en mi ventana alados trovadores
en innúmero coro, la canción primorosa
con que saludan todas las aves la pomposa
llegada de la riente estación de las flores.

Vuéleanse en los jardines los primeros rubores
de la aurora, que finge una virgen hermosa
despojada de pronto de su veste gloriosa,
que se resuelve en lluvia de estrellas de colores...

Cantan las rosas, cantan los claveles, y empieza
la tierra á cantar su épica vibrante polonesa
que es como un clamoroso pedido de simiente...

Y en tanto cantan, cantan los pajaros cantores,
yo siento que en mi pecho hay un violín doliente
que rompe en la quejosa canción de mis amores.

Carlos C. SANGUINETI

Buenos Aires, Febrero de 1912.

Elogio de los ojos claros

Para APELO.

A la manera de Cetina.

Ojos claros que rendido
me tuvisteis sin pasión....
ojos, que fuisteis el nido
de un trovero enternecido....
ojos, tenéis merecido
que el trovero cante al son
del aquejoso latido
del corazón.

Si por miraros un día,
grande fué la maestría
con que tirasteis la flecha
á quien por veros moría;

¿qué le haréis á quien acecha
un mirar de regalía
para cantar por la vía
alguna endecha?

Ojos claros, que cantados
sois, porque sois, bien amados;
¿por qué os mostrais desairados
y miráis con tal desdén?...
Si ingratos sois alabados,
como seréis de colmados
cuando al mirar, arrobados
me miréis bien...

1912.

Emilio Trías DU PRÉ.

Flor de achira

Para APOLO.

Era hijo de esta tierra y poseía un corazón ardoroso.

Un día, abrumado por el dolor se arrancó ese corazón ardoroso y quiso arrojarlo á la corriente de un arroyo; más, como lo lanzara con tal violencia fué al caer en la opuesta orilla, quedando pendiente de un ceibo que abastido por la pobreza, se miraba con envidia en la corriente.

Desde entonces hubo achiras en las orillas del arroyo: al multiplicarse tomaron unas los tintes de la sangre — que después copió el ceibo envidioso — otras el color de la desesperación.

La primera flor de achira fué un corazón partido; su tallo, un chorro de amargura cristalizado; sus hojas, las alas de una esperanza que en un momento fatal lo abandonara...

Por eso la flor fulgura cuando la mira el sol, gime cuando la impele el viento y vive sedienta de lágrimas. Es el símbolo de un amor lleno de grandeza.

VIOLETA.

ORIENTAL

Para APOLO.

Del ajimez tras la calada reja
como ilusión profética te ví;
tu rojo labio me sonrió mostrando
tus dientes de marfil.

De tu pupila ante el sagrado fuego
algo te dijo mi doliente voz;
mas en las verdes hiedras del alféizar
tu rostro se ocultó.

Ingrata; á poco tiempo abandonaste
las hojas de qué hacías tu dosel,
y que hoy marchitas mueren, como muero
mirando al ajimez.

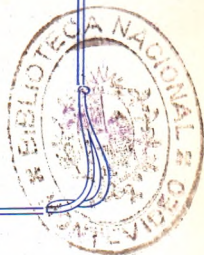
¡Ojalá que al cruzar otras regiones
no te castigue el poderoso Alá,
enredando tus ojos en las hiedras
de otro ajimez igual!

Juan GARCIA GOYENA.

Galería de poetas americanos



RUBÉN DARÍO



CANCIÓN

Niñas que daís al viento
al cielo y á la mar
la mirada, el acento
y el olor de azahar
que de vuestros cabellos
bellos
amamos respirar;
damas de sol y ensueño,
de luz y de ilusión
que anima el dios risueño

dueño del corazón,
por vuestros ojos cálidos,
pálidos
los soñadores son.
Obras de arte del sacro
artista universal,
tan bello simulacro
dé su gracia fatal
y en tal estatua vibre,
libre

la psíquis de cristal.
Pues sois de la existencia
la dicha en lo fugaz,
y vuestra dulce ciencia
suele ser eficaz;
quémese uno en tal fuego;
luego
puede dormirse en paz.

RUBÉN DARÍO.

PAISAJE

Para A. Delfino.

He aquí una de las tardes más bellas de este verano agonizante. Nos encontramos á orillas del mar, sobre unos peñascos oscuros y resbaladizos. Desde ese extremo de la ensenada que forma la playa, abarcamos, con la vista, una admirable extensión de cielo, de mar, de arenales, de colinas reverdecientes. El cuadro que ofrece, á esta hora, la naturaleza de esta costa privilegiada, no puede ser más sugestionante. En el ambiente límpido, puro, impecable, se destacan, playa arriba, los pequeños *chalets* frágiles, de techos de teja y de pizarra. Ahora, salvo un grupo de tenues nubes apenas sonrosadas, todo es azul: el cielo vasto; el mar tranquilo; los contornos despejados. La vista se complace en recorrer toda la extensión líquida. En medio del mar, una barca diminuta. De no ser por el movimiento acompasado, regular, perezoso, de las palas, de los brazos, del cuerpo del barquero, se diría que la embarcación pintada de blanco no hiende—ó mejor dicho—no se desliza por las aguas. Es tal la pureza de la atmósfera que, desde la orilla un poco lejana, se advierten los menores ademanes de los dos tripulantes. En este instante, el remero ha detenido las palas á flor de agua. El otro, inclinado sobre una de las bandas...

A medida que las horas avanzan, la limpidez del ambiente se va tornando menos diáfana, menos pura. En el horizonte, el cielo ha tomado una tonalidad violeta, luego otra sonrosada y, por último, he aquí que triunfa, de

nuevo, el azul. También las agua han cambiado de matiz: son claras, de un estaño bruñido.

Los contornos se estiran, se dilatan, se borran. Hay lejanías vaporosas. Desde la colina, surge un vaho tenue, fragante, ligero. La verdura no tiene aquel brillo de esmeralda que no ha mucho ostentaba. Pero siempre flota el mismo misterio, el mismo encanto impenetrable, en medio á la quietud melancólica de este paisaje adormecido.

Hemos hecho abandono de las rocas. Nuestras plantas dejan la huella en la arena mojada. Experimentamos una voluptuosidad sana al contacto de la graciosa onda que llega, extenuada, hasta nosotros. Apenas si trae algunos encajes de espuma. Y sólo osa quejarse allí donde choca con algunos pequeños guijarros relucientes.

El panorama se ha esfumado. Los tonos se mezclan, se confunden, se neutralizan. Parece que observásemos todas las cosas tras un gran cristal empañado. Las corrientes marinas dividen las aguas en franjas irregulares. El cielo ha corrompido su azul. Las solitarias nubecillas hánse ido. Y allá, á la distancia, en el horizonte sin línea ni color, se enciende una pequeña linterna roja que indica el peligro...

En medio de esta calma, de esta beatitud, de este silencio, llegan, á paso de lobo, las primeras sombras... y del otro lado, detrás de la colina sombreada, sube, admirable, una gran esfera de fuego. Sube, y su luz, excesiva y difusa á la vez, se va tor-

nando blanca. Ya está lejos de la colina. Ahora vuelca su claridad sobre el agua ya un poco inquieta. Y es en su superficie en donde se realiza esa hermosa danza alocada de cien mil destellos.

Pero el claro enfermo del paisaje se obstina en flotar sobre las cosas. Se diría que espera el arribo de los pescadores aburridos. Finalmente, estos llegan en sus barcas pequeñas, ligeras, frágiles, en cuyo fondo palpitan todavía unas miserables anchoas, con las branquias sangrientas.

.....
.....

¡Oh, hermosos atardeceres de fines de Febrero! Mi espíritu, un poco candoroso, se atormenta ante la presunción de que os habéis ido... Porque este año, el Otoño, la estación discreta, ha llegado demasiado pronto y tras él ¡ay! viene el Invierno, el Invierno terrible, con sus breves tardes grises, con sus interminables noches ululantes, con sus eternas lluvias monótonas... el invierno siniestro, implacable, duro, que trae, en sus ráfagas heladas, la sana misión de llevarse a los pobres seres extenuados.

SILVIO SAFFI.

Montevideo.

LA PÁGINA EN BLANCO

Para APOLLO.

Daba el reloj sus doce campanillazos de oro
En tanto yo escalaba la salvadora reja
Del balconillo abierto. Luego, con el decoro
Propio de los donceles de la hidalguía vieja

En vuestra tibia mano puse un beso sonoro.
Dejé el labio en la mano lo mismo que se deja
Un tirso en un jarrón; y al palpar el tesoro
De esa mano de nieve en mi boca bermeja

Os dije blandamente con ademán hidalgo:
"En la página en blanco de nuestro amor falta algo
Que entroniza--señora-lo que arroja el decoro..."

.....
(¡Ay, llevamos tan presto esa página en blanco,
Que al volver á la vida aun oímos el franco
Tañido del postrer campanillazo de oro!)

Fernando SILVA VALDÉS.

MADRIGAL

Para APOLLO.

Atributos que en el cielo tal vez tuvo una heroína
De las fiestas seductoras de Cupido, cual ninguna
Tú posees el secreto de una gracia peregrina;
El encanto dulce y suave de los rayos de la luna,
La sonrisa de tus ojos, que una música divina
Y muy queda va rimando sensaciones una á una,
Es el arco de la guzla de tu alma que, muy fina,
Sobre aquellos va fluyendo inspirada y oportuna!

PUESTA DE SOL

Para APOLLO.

Luciente medalla de oro
Que el cielo de honor condecora,
Es Febo; resbala en la hora
Solemne en que gime en un lloro
La psíquis sensible; en que el coro
Del bosque vecino, que ora
Un salmo á la paz bienhechora,
Irradia vibrante y sonoro.
Secreto titán -- ¡oh! quien fuera, --
-- Mi hora de triste dulzura! --
Así detenerte pudiera!...
En nombre de Madre Natura,
De Apolo al suspiro postrero,
Ferviente me quito el sombrero!

Raúl ERÚS.

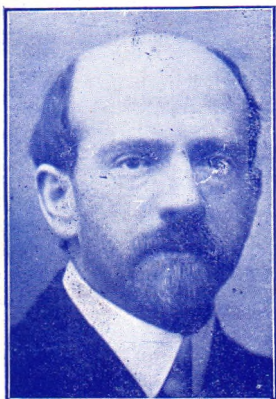
Concordia, Febrero 1912.

NOTA DE LA REDACCIÓN

En la poesía de nuestro colaborador el poeta F. Silva Valdés, aparecida en el anterior número é intitulada «Azules»; en la cuarta estrofa donde dice «prestareis ayuda» debe decir «prestarais ayuda».

Queda salvado el error.

ESCRITORES ESPAÑOLES



Pío Baroja

Paradox Rey es una nota nueva en la vieja literatura castellana. No hay la clásica solemnidad, ni la redundancia, ni la declamación. Todo en ese libro es vivo, elíptico, incisivo, burlón, desdeñoso, un tanto canalla y diabólicamente original. Baroja tiene rasgos de la fisonomía atormentada del patriarca de Fernel. — MAX NORDAU.

Baroja supera en potencia intelectual á la mayoría de los escritores españoles. — GÓMEZ DE BAQUERO.

En *La Scuola dei Furbi* (La Feria de los Discretos) hay un espíritu agudo de ironía, una filosofía amarga y burlona y un humorismo triste y sentimental. — EDMUNDO DE AMICIS.

La Ciudad de la Niebla, de Pío Baroja, se presta también á algunas reflexiones. Tengo á este novelista por el más fuerte y original de todos los que actualmente escriben en lengua castellana. — AZORÍN.

He admirado *La Ciudad de la Niebla* porque conozco Londres. — HAVELOCK ELLIS.

Jacinto Benavente

Benavente es artista de veras. Hombre cultísimo, de selecta y variada lectura, tiene ingenio espontáneo, percepción para coger al vuelo el detalle, la *nuance*, la frase que caracteriza al personaje. Posee el arte de decir las cosas más crudas en la forma más candorosa. Si se me permitiera hacer una frase, diría que su obra es como una horizontal en traje de primera comunión. — AZORÍN.

Es un satírico que pone comentarios festivos y mordaces al margen de la vida. — MANUEL BUENO.



Manuel Bueno

Pocos escritores habrá entre nosotros para quienes tenga menos existencia el mundo de lo pintoresco como Manuel Bueno. El admirable cronista transforma pronto en ideas las impresiones de su sensibilidad, y su espíritu es todo él inquietud, desasosiego y lirismo. Vida intensa del espíritu hacia adentro, significa en mi estilo la palabra «lirismo», y Manuel Bueno, en tal sentido, sobrepasa á todos los supuestos poetas de que poseemos el más numeroso rebaño.

Aquí, en el libro que comento muy á la ligera, se advierte esa amargura, destructora y desilusionada, que caracteriza las modalidades del gran escritor. Su crítica es libre y suelta y varia en el modo de presentarse. Va más hacia la vida que ha producido los dramas, que hacia éstos, considerados como obra de arte. —
BERNARDO G. DE CANDAMO.



Bueno, saturado de emociones, las traslada á su inteligencia para que las transforme en juicios. Por eso se le ve vacilar, detenerse, inquietarse, en busca de la certera visión de un principio que presiente. Cuando consigue sus propósitos, clara y precisa formula su opinión. Nadie le aventaja entonces en seguridad crítica ni en amplitud de observación.

Tampoco es de los que temen rectificarse, baldíamente fieles á una convicción con endeble cimientos sustentada. Afirmar que Bueno es un gran estilista, por la soltura, la naturalidad, el dominio del lenguaje, es decir lo ya sabido. Su *Teatro español contemporáneo* le proporciona un señalado triunfo. — VICENTE ALMELA.



Concha Espina

Como los versos de Rosalía de Castro, de Enrique Gil, de Evaristo Silió, estos versos de Concha Espina brotan mansamente del corazón, sin sacrificio alguno, enamorados de la soledad y de la niebla, más atentos á la voz interior del alma que al ruido y seducción de las cosas exteriores...—M. CURROS ENRIQUEZ.

Joaquín Dicenta



...Y, sin embargo, este hombre no ha dejado de ser romántico. Los que solo se fijan en la corteza de las cosas y desatienden el fondo, le consideran naturalista porque ha traído los conflictos pasionales, que Echegaray localiza en su salón, á la humilde buhardilla del menestral y porque sus personajes, en vez de moverse en el casino, se mueven en la taberna. «Lo que llamamos irregularidad moderna, escribe Juan Pablo Richer, puede estar henchido de espíritu antiguo». Eso ocurre con las obras dramáticas de Dicenta y singularmente con *Juan José* y *El*

señor feudal, donde él ha querido acentuar más sus tendencias sociales.

Sin dejar de someterlo todo al triunfo de la pasión, doctrina romántica de todos los tiempos, Dicenta se propone renovar el ambiente social, destruir usos que considera crueles é imponer la victoria de ideales justicieros y reparadores.

El romanticismo de Echegaray, fastuoso y delirante, está confinado en un medio social, burgués y rico. El romanticismo de Dicenta, sobrio y agresivo, ha preferido aletear sobre los desheredados. — MANUEL BUENO.

José López Pinillos

Trae este libro á la memoria al cura de Mendon y al Arcipreste de Hita, á los pintores de las kermeses flamencas donde se come, se bebe, y se ríe enormemente, y se bromea con mozas de rollizas formas. Todo está contado con un estilo alegre, craso, pantagruélico, exuberante de color, de salud y de movimiento. Tiene el libro del señor Pinillos cierta amplitud zolesca, del Zola de *L' Assommoir* y de *La Terre*, pero sin la tristeza y el trascendentalismo de la escuela naturalista. El léxico es variado y rico. Es un libro lleno de fuerza, de expresión, de mucha *vis* cómica, de alto relieve, que marca una personalidad vigorosa de escritor. — E. GÓMEZ DE BAQUERO.



Eduardo Marquina

Marquina es poeta riquísimo en ritmo y rima, acaso el que más de los que últimamente versifican en Castilla; su fuerza no puede confundirse nunca con falta de flexibilidad, y en el acero de su verso están todas las irisaciones que puede poner la lumbre de sol ó de hoguera sobre una buena hoja de espada... Dentro de la música de Marquina, excelente entre las mejeres, está la palabra reveladora de un poderoso y original espíritu, fuerte hasta la aspereza y sereno á veces hasta la frialdad, reflejo y herencia del castellano espíritu que él intenta glorificar, dramatizándolo con obstinación casi heroica. — G. MARTÍNEZ SIERRA.



La poesía de Marquina es hoy en España la más intensa, la más honda; sobre todo, la más nacional. Su musa, en efecto, es una española sin mezcla; pero no una española de cromo, sino una española moderna. — ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO.

Alejandro Sawa

Hombre jovial, compañero risueño, de una voz ya ruidosa, ya como medio velada con una gasa de seda, sutil narrador de anécdotas, noctámbulo, revelador de felicidades paradójicas y descubridor de fatamorganas. Ceremonioso y escénico, á punto de que su simple entrada en un café era un espectáculo. Amigo de ha-



cer visible y retórica su superioridad mental, con actitudes y con tropos. Galante con sus pares, cruel en frases acres con obtusos patrones y empingorotadas medianías. Dandy agriado por los vinagres emponzoñados de la pobreza, se complacía en vengar con los alfileres de su ingenio las injusticias de los malos dirigentes. Ciranesco, quijotesco, d' aurevillyesco, todo en una pieza, llevó siempre, eso sí, aún en las mayores angustias y caídas, levantado é incólume, su penacho de artista. Intransigente, prefirió muchas veces la miseria á macular su pureza estética. Su pureza no era blanca, era azul... — RUBÉN DARÍO.

Enrique de Mesa



Describe Mesa las campiñas y los pueblos con ese amor á la tierra sin el cual nadie la retrata bien, y se identifica con la rústica tosquedad de sus moradores considerándolos como parte y fruto de la tierra misma, descubriendo las armonías secretas, las analogías calladas que existen entre el surco y quien lo abre, entre el ganado y quien lo guarda, entre el huerto frondoso y

la robusta moza que lo riega. Como hombre de su tiempo, piensa y siente, reflejando los anhelos y dudas de la vida moderna; como literato, maneja en prosa y verso, con singular primor, la lengua de su patria; y la conoce de veras y la trata amorosamente. — JACINTO OCTAVIO PICÓN.

Enrique de Mesa, cronista femenil, delicado espíritu poético, se ha formado entre *El Cantar de los cantares* y las amables malicias del Arcipreste. Sus crónicas tienen suavidad mística y severo ropaje clásico. Es un misionero que oficia en las aras de Astarté. — CRISTÓBAL DE CASTRO.

Santiago Rusiñol

La ejecución del libro revela, ciertamente, grandes facultades artísticas. La primera es una visión aguda, clara, implacable de las cosas, que penetra hasta lo más hondo de ellas, y las reproduce con precisión... — E. GÓMEZ DE BAQUERO.

De aquí resultan libros, como este de *El pueblo gris*, sin precedentes, al parecer, en nuestra literatura contemporánea, pero que por su valentía y claridad, aparecen á quien atento los mira enlazados con lo mejor de la vieja cepa castellana. ¿Se ha fijado alguien, quizá, en el parentesco estrechísimo de muchas maneras de pintar tipos y caracteres, propiamente rusiñolescos, con otros del gran Quevedo? Estos viejos de *El pueblo gris*, ¿quién no los reconoce como hijos de Goya y como nietos del señor de la Torre de Juan Abad?... Este libro, compuesto en un rincón de Cataluña, es el más castizamente español de todos los libros últimamente publicados. — F. NAVARRO Y LEDESMA.



Miguel de Unamuno

De modo, me diréis, que Unamuno es, según su opinión, un poeta. Un poeta, un fuerte poeta... Eso es lo que más gusto en él; sus efusiones, sus escapadas jaculatorias hacia lo sagrado de la eternidad.

Es lo que él se considera: escultor de niebla y buscador de eternidad. Esto se ve en sus obras que no son versos, en sus ensayos sobre todo, á la inglesa, escritos á lo unamunesco, esto es, con el emersoniano *whim*, con capricho. — RUBÉN DARÍO.



Unamuno es padre de toda la juventud intelectual que hoy brilla; ha traído á la conciencia española la sinceridad como principio, la introspección, como método y la anomia como fin. Ha familiarizado al gran público con los más altos problemas del espíritu, haciendo respirable, potable y comible el ideal supremo que todo misticismo entraña. — MARIANO MIGUEL DE VAL.

Eduardo Zamacois

Eduardo Zamacois fué juguete de tempestades de la vida, conoció todos los horrores de lo que poéticamente se llama *lucha por la existencia*. Y estos hechos templaron su espíritu, sin marcar en él una huella de amargura; pero le dieron ese conocimiento del mundo que matizó con pinceladas de luz todas sus obras y que le hace el autor predilecto de las damas, en cuyas almas penetra dulcemente con el análisis delicado semejante al de Balzac, ya que tiene, como él, siempre una galante disculpa para nuestro sexo. — COLOMBINE.



Desde la triste Consuelo á la lujuriente Matilde, se encuentra en sus libros toda la gama de temperamentos femeniles, toda la escala de pasiones femeninas, toda la variedad de sus amores y sus odios: la mujer que por gozar expone su vida y la que se deja matar antes que ser tocada; la que busca el placer refinado de engañar á los hombres y la que arranca la vida al burlador. — BERNARDO MERINO.

Fernando Marco

Temperamento original, un formidable humorista, y por lo tanto un sensitivo, Marco es un espíritu privilegiado de artista, es un poeta de la línea y del color.

No se le debe considerar como un caricaturista, pues sus dibujos no son caricaturas: son *interpretaciones* de la vida; en las obras de Marco, la línea se convierte en extracto de ironías, en síntesis de humor, como si aquellas rayas tuviesen en sus curvas y en sus zig-zags la *terribilidad* de un Heine ó el fantasear de Juan Pablo...

Y en cuanto á la manera como



se exterioriza este sentir, Goya es un inspirador *indirecto* de Marco; y digo indirecto, porque nuestro artista no *copia* la forma: Marco apenas tiene diez y nueve años y... ya es un independiente.

En este respecto, el artista valenciano tiene en sus manchas de color y en sus líneas de dibujo, vibraciones sutiles

y extrañas: ciertamente que no es un estilo el suyo para el vulgo; como que se trata de un aristócrata, en la más noble acepción artística de la palabra.

EDUARDO L. CHAVARRI.

Joaquín Belda



Manuel Machado



Á LA SEÑORA BERNA G. DE LEMA

Allá, cuando en el mañana reflejo de mi congoja
una duda turbe, hermana, á que confié mi pasión.
recuerdos del corazón,
entonces abre esta hoja,

VIOLETA.

Párrafos de una carta á Violeta.

Qué tal Violeta, que me dice de nuevo. ¿Los vuelos de su fecunda fantasía, qué rumbos toman?... Ha escrito mucho. ¿Qué hace ahora? ¿En qué divaga su alma?...

Nunca le he preguntado aún, nada sobre sus gustos. Aquí me propongo hacerlo, llevada del deseo de conocer algo más á *Violeta íntima*. Cuál es su lectura preferida?... Qué libros?... Qué autores?... Cómo aprendió literatura?... Es afecta á la música?... Cuál es su preferida?... Le gusta la sociedad?... La soledad?... Va mucho al teatro?... A la ópera, drama, ó zarzuela? Va á los conciertos de Solís?—Le gustan?... No?... Con respeto á esta última pregunta, puedo decirle que aunque pusieran á un céntimo la entrada, creo que lo mismo sería infaltable. Es una ridiculez, privarse por amor propio, de ir á educar el gusto artístico disfrutando á la vez de audiciones tan selectas. Verdad es que yo soy apasionada por la música clásica. La mayoría de mi repertorio es clásico. Esto no quiere decir que no toque música menos seria, lejos de eso. Hasta los tangos si son bonitos me gustan, pero como una florecilla silvestre, en un ramo de otras bien

cultivadas. Usted que es artista, debe tener almacenes de sensaciones que vibran en su alma al conmoverse por mil causas incomprendidas para muchos, muchos, muchos ¿verdad? Es más, ni siquiera se tomará la molestia de decir que las experimenta ante esos muchos; pero, á veces, se encuentra uno ó dos,—ó hasta tres—seres capaces de ver y sentir como usted y entonces ¡qué desborde!... ¡qué desahogo!... qué charlar!... y esto, aunque no se compartan ideas, es suficiente con que se comprendan, con que se den cuenta exacta de lo que se vé, se oye y se dice ¿no es así?

* * *

Yo, soy una soñadora incorregible. Mucho he sufrido; mucho me ha enseñado la vida; mi carácter se ha doblegado en muchas circunstancias, ¡ay! pero mi corazón, siempre será un niño crédulo, vehemente, apasionado por todo lo bello, noble, altivo. Peinaré canas, se empañarán mis ojos, pero los bríos de ese *pícaro* no se perderán y saltará de gozo por todo lo grande, como se apretará sublevado ante la injusticia.

OFELIA.

Durazno Mayo 23-12.

Prez de un mancebo en el Partenón

Para APOLO.

«Et partout où fleurissent l'olivier pâle et le cyprès, ornement profond sur le bleu de l'infini, là mon âme desire vivre toujours sans fin». *Palamis* — Del himno á Athenea.

¡Pallas Athenoe! ¡espíritu fecundo y bello, alma de mi alma, vengo á tu templo lleno de una gloria pura: haberte descubierto el día en que amé sobre todo á la belleza!

Sólo me queda un remordimiento: no haberte descifrado en la fisonomía de nuestro empyreo hermoso; en la faz de las aguas cristalinas del Egeo, ó en Olympia, donde tus hijos más bellos lucharon por la plástica hermosura.

Al escalar el monte dominador, que es tu asilo, virgen suprema de los ojos claros, me ha parecido confundirme con la esencia eterna, con ese tál sutil que oculta á mis ojos el más allá.

He visto, madre intelectual, lo más bello que es dable ver, y si hoy muriese, llevaría el veste transitorio, la impresión más perfecta del planeta.

De aquí contemplo, mirando el infinito azul y el limitado verde del mar, tu más excelso pensamiento: Atenas. Allí nací; tu lo quisiste; allí aprendí tu culto: la alegría, la salud, el trabajo, la verdad, lo bello, allí, oh diosa ideal, se deslizó mi vida como esos arroyuelos rumorosos que entre bosques de olivos y cipreses, corren tras el lago ó el mar, cual el sátiro la ninfa, vale decir: la realidad y el ideal.

Allí nací, entre los mármoles que idealizaron Fidias, Ictino y Calícrates, divinos artifices del Partenón que en lo futuro cediendo al peso del oleaje huma-

no, rerá reconstruido con almas, para que more en él, la tuya incommensurable.

Allí, Athenea quiso tu divinal voluntad que los hombres fuesen felices porque eran bellos y amaban á la par: cuerpo y alma. Allí reinaste con sonrisas, porque el ateniense era artista y filósofo; el gymnasio y el templo le atrajeran por igual.

Bajo el imperio siempre dulce de tu ritmo, se alzó la civilización inmortal.

Diosa invisible y eterna, al mirarte sueño en mi infancia: las maravillosas sensaciones de esa edad de oro, vuelven á aparecer en el campo de la imaginación. Pienso en la ruta sagrada de Eleusis, donde con mi padre viril y audaz, caminé por las mañanas heroicas, siguiendo en el día quinto, la procesión sagrada. Al atisbar en el horizonte los mármoles relucientes de Paros que señalan la hierática polis: siento la pasión oriental por el misterio, olvidando, Athenea, tu serena frente y tus ojos límpidos que columbran sin turbarse.

Allí á los lejos, besado por el sol, se extiende, cual tu frente sin pliegue, la llanura de Maratón. Allí venciste, Pallas Athenea, el genio de tus hijos, su fiebre, por todo lo grande, venció á la voluptuosa Medea. Una chispa de tu divina lumbre: el mensajero que de una carrera llegó á Atenas, proclamando la victoria, murió aquí talvez.

Su física belleza, era digna

del entusiasmo patriótico que enciendes en las almas bellas. Para la tierra, demasiado bello, su pensamiento rebasó lo humano cuando expiró, agitando á tus pies, el ático olivo.

Sólo en tu seno oceánico podía descansar, ¡esencia universal!

Atenas, Eleusis, Maratón, tres ondas de tu túnica. Lo divino, lo humano, lo transitorio y lo eterno, todo ha trabajado en la Hélade, para darte vida ¡oh tú, que eres lo único grande, lo sólo bello, lo digno de ser pensado!

He venido á tí, oh victoria de lo ideal, porque en vano hasta este día, he sentido palpitir en mí lo divino.

He vivido muchas primaveras, cerca tuyo, oh Pallas, sin conocerte; han sido tantas estaciones de tedio, de fiebre sin cura, de actividad sin objeto...

Sólo ayer, he oído tu nombre, porque los hombres actuales no te mencionan aunque te sientan.

Sólo ayer, cansado de andar, casi afixado por el polvo del camino, mirando al cielo como para pedirle luz, te he percibido, en lo más alto del monte. Allí estabas tú, oh eterna, y yo ignoraba tu hogar. Por fin te hallo, esencia perenne de las cosas. Has vuelto á nacer, oh infinito, en mi alma Atheniense. He visto alzarse á la bella, suprema y

eterna; en viéndola, deseo vivir para siempre. Oh Pallas, te ofrezco mi juventud, esa primavera en que se revelan todas las divinas cosas.

Madre ideal, obrera de lo infinito, ama de la humanidad, eterna, inmensa, infinita — mi alma se dilata por conocerte pero ¡ay! tú eres más bella de lo que puedo imaginar. Tú estás más allá. Los hombres te han querido limitar á la forma humana, insensato sueño de invierno: tú eres lo infijable; — lo que es.

Empecé adorándote, cuando Helios, con un gesto de supremo amante, alumbraba tu mansión de mármol; ya son pálidos y tenues los hilos aureos de la pitia cabellera, y aún escucho en mí, la música de magnífica emoción. Todavía tu fisonomía me absorbe; no he agotado aún el manantial de la admiración, que por ti observo.

¡Mi vida, mi juventud, nunca me parecieron tan bellas como ahora que te adoro, oh Pallas!

Ya Diana, en su incesante cacería, viene á esconder ante tú imagen, la plateada lumbre. Siento dormirme. En el umbral augusto de tu templo reposaré, mientras ya el alma libre de su corpóreo amigo, vaya vibrando hacia tí y participe un poco de tu luz ¡oh eterna, oh activa, oh ideal, oh belleza inmortal!

ALBERTO NIN FRÍAS.

Montevideo, 24 Febrero 1912.



LOS HÉROES

(CUENTO COLONIAL)

Para AROLO.

Al Dr. D. Enrique F. Llovet, afectuosamente.

En la calle de *San Diego*, muy cerca de la de *Santiago*, vivía allá en los albores del año de gracia de 1811, Don Martín Luján y Valbuena, ujier mayor del Cabildo, hombre ya cincuentón é hijo de esta ciudad, rollizo como de gran talla él, con hábitos sobrios de castellano añejo, como que en tal ambiente se criara cuando pequeñin entre sus respetables mayores.



JUAN PICÓN OLAONDO

Habitaba Don Martín Luján y Valbuena un solar paterno, y allí vivía él, en la época que narramos, en una casa de tres habitaciones, edificio de muros sólidos y techumbre de tejas rojas. La puerta de calle, de madera dura, tenía un ventanillo con cruz de hierro, tales se usaran por entonces; dos ventanales con amplias rejjas de pecho de paloma daban al exterior, usurpando escandalosamente terreno á los transeúntes, que sendos golpes se daban contra aquellos barro-

tes en las noches oscuras; un patio de piedra tosca, con un barril para recoger las aguas pluviales, la alegraba con un gran zarzo que durante la estación propicia engalanábase con verdeguantes pámpanos y luminosos racimos de uva, carnosa y dulzona ella: luego, para mayor solaz de Don Martín y los suyos, una regular parcela de terreno virgen, donde los patos y demás bulliciosas aves de corral triscaban á su gusto, ora en pleno sol, ó entre el fango negro de los días lluviosos, daba remate á aquella finca, lindando con los muros no muy altos de la heredad más próxima.

¡Buenos tiempos aquéllos! Vivía Don Martín en santa paz con su esposa Doña Socorro y con su hija Maruja, amén de Pepillo, un rapazuelo vivaracho y ducho que aún no había cumplido los diez y siete, sobrino carnal de los esposos, huérfano desde temprana edad, y criado y educado como hijo propio por el solícito matrimonio. En

total, cuatro personas para aquél caserón: dos mayores y de canas peinar, y dos menores, pues Maruja, hija única de los cónyuges, era una chicueta de quince, requetemona y bizarra, pero que no obstante hallábase en la edad dichosa de vestir sayas cortas y jugar á las muñecas.

Durante el día, Doña Socorro y su hija se ocupaban en los mil quehaceres íntimos de la casa, en tanto Pepillo, pasábaselo en una de las tantas tiendas de la *Calle de los Judíos*, vendiendo recados, cabezales de plata, estriberas, argóllas, frenos, monturas y otras prendas de igual jaéz á los muchos compradores de suburbios que visitaban aquellos comercios, y Don Martín desempeñaba con celosa diligencia el cargo de portero mayor ó cosa así en la *Casa Capitular*, donde los cabildantes -- todos ellos personas honorables y de arraigo -- solían reunirse frecuentemente para considerar asuntos de diversa índole, en provecho del Rey y del laborioso vecindario.

Buenos tiempos aquéllos; sí, aunque no tan pacíficos como fueran de desear. Tres años hacía que la invasión de los ingleses había perturbado aquél ambiente secular con luchas y combates en los que muchos soldados del Rey y no pocos paisanos derramaron su sangre generosa. El reciente estallido de la revolución de Mayo, en Buenos Aires, con la deposición del Virrey Cisneros y el nombramiento de la primera Junta patriota, mantenía en zozobra los ánimos. Ya Elio había declarado la guerra á aquella Junta. Susurrábase de complots y levantamientos próximos en este país contra el régimen hispánico, y, naturalmente, con semejantes rumores, la especulación pública era grande en Montevideo.

Sin embargo, entre los peninsulares abrigábanse esperanzas de sometimiento, y Don Martín Luján y Valbuena continuaba siendo en el Cabildo un personaje linajudo. Allí Don Martín tenía bajo sus órdenes una legión de mulatillos esclavos, de aquellos que por entonces vendíanse á razón de doscientos ó trescientos pesos fuertes, destinándoles sus amos á trabajos rudos, é infligiéndoles azotainas, cuando juzgaban hacerse acreedores á castigos. Y no es nuestro ánimo afirmar que Don Martín les maltratara de palabra ni de obra, pues buen hombre era él, muy recto, sí; muy celoso de sus obligaciones, también; pero no malévolo ni dado á instintos corsarios. Vigilaba Don Martín que sus mulatillos barrieran y fregaran los corredores, patios y salas hasta quedar ellos oliendo á decencia y respeto. Cuidaba él, personalmente, del orden y conservación del modesto mobiliario Capitular, que lo constituían canapés de cedro con cojines de damasco carmesí, gran mesa también de cedro con carpeta de lanilla verde, y los retratos de los Reyes bajo testera. Ordenaba los papeluchos del despacho, y ponía especial cuidado para que la campanilla, los mecheros de tres luces, el tintero y el arenillero de plata; las plumas de aves, las obleas cuadradas para los oficios y sellos, ocupasen cada su sitio ordinario y de práctica.

Cuando libre de sus quehaceres don Martín tornaba á su hogar, tenía por costumbre darse un paseito por la calle del *Portón*, frecuentada por la mejor sociedad de entonces; corriase á veces hasta *el Fuerte*, ó al *Café de San Miguel*, construcción esta última que hoy aún subsiste en el ángulo Sur Este de la esquina Piedras y Mi-

siones, y despues de un sabroso palique con algún amigo, previas cuatro ó cinco narigadas de soberbio rapé, poníase en marcha definitiva para su casa, llegando invariablemente entre dos luces, cuando ya las escasas y mortecinas candilejas de sebo ó aceite de potro comenzaban á encenderse en las calles de San Felipe y el cañonazo de orden había anunciado á los habitantes el obligado cierre de *Portones* de la plaza amurallada.

¿Y Pepillo?... Pues el sabandija ya estaba con doña Socorro y con Maruja aguardando á don Martín para dar comienzo á la cena. Y dábase principio á ésta, más no sin antes los comensales santiguarse y rezar muy devotamente un *Padre Nuestro* y una *Salve*.

¡Y qué cenas aquellas! Opíparas. ¡Vivè Dios! para gentes de tan poca alcurnia. Toda la cocina colonial, sobria pero comfortable, engullíase allí glotonamente. Buen puchero de carne de vaca comprado al amanecer en *La Recova*; logumbres frescas de la *Plaza de la Verdura* y procedentes de las quintas de Maciel, «Las Albahacas», Magariños, Maturana, Durán, Masini ó Zamallúa; bagres ó corvinas pescadas en el día; vino rancio sin campeche ni alambiques; algunas veces, queso gordo del que traían los lecheros del Cordón ó la Estanzuela; loco á mazamorra preparada expresamente por doña Socorro y, algunos pastelillos de los que vendían las morenas vejanconas.

Terminada la cena, un *Gracias á Dios* y otro *Padre Nuestro* ó la *Oració al Angel de la Guarda*, haciéndose después tertulia mientras digerían, esperando así la hora de ganar el lecho. Más siempre acompañábalos en la velada un tal Remigio Lobo, alférez del regimiento *del Fijo*, quien habíase hecho muy camarada de don Martín, aunque otros móviles ocultos después le llevaron á aquella casa.

Cuando se lo permitían las obligaciones del cuartel, — lo que acontecía con harta frecuencia, — el alférez Lobo hacía su aparición á las ocho cabales. Por el aldabonazo seco y fenomenal que hacía estremecer la casa y escabullir á Micifuz bajo los muebles, se le adivinaba.

— ¡Es Lobo! — exclamaba don Martín, saliendo á abrir de inmediato. Y no equivocábase, que Lobo en persona era, presentándose con su vistoso uniforme militar, la coleta y el elástico.

Panzi-rojo, con mucho de fátuo y un tantico de Quijote, tenía el tal alférez una estampa no muy garbosa. Su presentación era de consigna: un ¡*Buenas noches!* — á don Martín y á doña Socorro; un correctísimo — ¡*Hola, chiquilla!* — á Maruja, que tornábase vergonzosa distanciándose con misteriosa repulsión del personaje, y un — ¡*Qué tal muchacho!* — expetado con fiero talante y como un arcabuzazo á Pepillo, que, á su vez, mirándole foscó, buscaba la compañía de Maruja, ganando los dos un ángulo de la estancia y hablando allí en voz queda ó ratos tan estrepitosamente, que don Martín, calándose los anteojos con gravedad, é interrumpiendo la tertulia, solía exclamar con solemne voz de chantre acatarrado:

— *Silencio, mocosos, y mayor respeto para con los mayores.*

Confundidos por la amonestación los dos *mocosos* hacían mutis, quedándose como en *misa*, hasta que nuevamente su parloteo íbase

animando, tal el de dos pajarillos que triscan en la fronda bajo un alocado sol de primavera.

¿Qué se decían Pepe y Maruja? ... Pues nada y mucho: chismes de muchachos de vecindad, cuentos de la abuela; detalles espe-luznantes sobre fantasmas y aparecidos. Pero sucediales quedarse ratos enteros mudos, como atontados, sin nada que decirse y con los ojos bobos en suspenso. Y era que los dos primos despues de haberse profesado una ternura de hermanos, ahora ya en la adoles-cencia y sin que tal vez se apercibiesen, amábanse de otra manera, pues veníase trocando su querer en amor de raíces hondas y arraia-gadas.

¡Y qué hermosa estaba Maruja en medio de aquel despertar de sus encantos! A la luz del velón, que desde el centro de la mesa alumbraba, Pepillo se embobaba en contemplaciones paradisíacas. Con ojos voraces devoraba el muy glotón el rostro fresco y sonrosado de Maruja, su nariz perfecta, sus oyuelos tentadores, sus labios carnosos que al sonreír dejaban entrever un diminuto teclado de diente-cillos de marfil ebúrneo. Luego, nada hay que decir de las espléndidas matas de pelo, tan renegrido, que en ellas cabrillea-ban reflejos azules de toledano acero.

Entanto, junto al velón, los mayores platicaban; leíase *La Ga-ceta* y jugábase á la malilla ó al solo. Comentaba don Martín los sucesos políticos de actualidad; narraba el alférez Lobo proezas de armas de la última invasión de los ingleses; discurría doña Socorro sobre bautismos, noviazgos ó bodas en ciernes, y todo, entre algún sacrilego — ¡*Por Barrabás!*— proferido por el militarote; un ¡*Je-sús nos ampare!* exclamado con espanto por doña Socorro, y los continuos como estrepitosos estornudos de don Martín, quien no daba descanso á su petaca, repleta de buen rapé, que comprara en abundancia.

Mas muy pronto la campana de *San Francisco* anunciaba las nueve. Bebiase entonces una taza de leche ó pocillo de chocolate, si tratábase de solemnidades, y, con con un ¡*Qué tengan ustedes bue-nas noches!*—dicho á don Martín y á doña Socorro un — ¡*Hola, chiquilla!*— á Maruja, y un — ¡*Qué tal muchacho!*— á Pepillo, marchábase el alférez Lobo, pero no sin antes echar una ardiente mirada á Maruja, mientras Pepillo hacia una mueca de temor y y desagrado, como si algo muy querido le robara aquel alférez fanfarrón y panzudo que ya pasaba de los treinta y nueve y tenía á cada instante á Barrabás en los labios.

Con la ida de Lobo todo quedaba en silencio. Marchábase cada cual á su nido; reaparecía micifuz, y un gran reposo se enseñoreaba de aquella casa, salvo que algún grito de ¡*Favor á la justicia!*, lanzado en alguna calleja, turbara la paz del barrio.

Como buenos creyentes que lo eran, asistían Don Martín y los suyos á misa de alba todos los Domingos, frecuentando la Matriz ó San Francisco, cumpliendo así con devoción los preceptos de la iglesia. Y no hay para que decir que en la Semana Santa hacían las Estaciones mezclándose con todo aquel mundo de pueblo, de figalgos y de damas de excelsa principalía que iban seguidas por erriadas llevando la alfombra y la indispensable butaca.

Galería de poetas americanos



Leopoldo Lugones

En cuanto á paseos, diversiones, ó sitios donde husmear tenían ellos *Las Bóvedas, La piedra lisa ó resbalosa del Cubo Norte, La quinta de las Albahacas, Los Pozos del Rey y El Recinto*, famosa éste por sus candombes, curioseando también desde tierra las fragatas y bergantines fondeados en el puerto con el velámen blanqueando al sol y los mástiles empavesados.

¿Y la *Casa de Comedias*?... Pues allí, de á pié por no abonar los dos reales que valía la luneta, Don Martín y los suyos vieron representar entre estocadas, raptos y conspiraciones, tenebrosos, *Doña Inés de Castro, La Condesa de Castilla, Edipo, El Moro Muña y San Tristeza*, todo en un escenario modestísimo, cuyo telón de boca, representando malamente el Parnaso con las nueve Musas, ostentaba en el frontis de un templete estas palabras: *Cantando y riendo corren las costumbres*.

Pero corriendo el tiempo, ahora trascendentales acontecimientos políticos habían cambiado el ambiente apacible de la villa. Al pronunciamiento de Asencio por Pedro Viera y Venancio Benavidez, sucedióse la toma de *Capilla Nueva*, hoy Ciudad de Mercedes; el desembarque de Artigas entre las Vacas y la Calera de las Huérfanas; insurrecciones en Minas, Maldonado, Tacuarembó, Paysandú, Lunarejo, Cerro-Largo y Canelones, así como la toma de San José por el Capitán don Manuel Artigas, muerto en esa acción, donde fueron derrotadas las tropas realistas que enviara Elio bajo el comando del Teniente Coronel Bustamante.

Finalmente, una noche supo Don Martín por boca del alférez Lobo una revelación de bulto: Don José Gervasio Artigas, ex-ayudante mayor de la *Compañía de Blancos*, acababa de derrotar en Las Piedras al ejército realista de mil docientos treinta hombres de las tres armas, comandado por el Capitán de fragata Don José Posadas. Tratábase de una acción importantísima, en la que, el ejército invasor habíale hecho innumerables bajas, tomándoles la artillería, armamento, municiones y unos quinientos prisioneros entre los de tropa y oficiales, incluso también al propio Posadas.

—¡Por Barrabás!—gruñía Lobo, esgrimiendo su espadón desnudo. Anonadábase en dolorosas meditaciones Don Martín, sollozaba Doña Socorro, tornábase lívida de horror Maruja, y sólo Pepillo permanecía impasible, prestando sumo interés á aquellas nuevas.

Y sin embargo, todo era verdad; pues días después, un 21 de Mayo, aquel glorioso Artigas hizo su aparición frente á Montevideo acampando en el Cerrito y estableciendo el asedio de la plaza.

¡Por Barrabás! ¿Era aquélllo el acabóse?... Tiroteábanse sitiados y sitiadores, mientras se engrosaban las fuerzas de éstos últimos con nuevos contingentes, y más de cuarenta familias sindicadas, amén de Fray José Benito Lamas, Fray Joaquín Pose, Fray M. Santos, Fray M. Eloytas, Fray Pedro López y Fray N. Faraminán, todos estos religiosos conventuales y conspiradores patriotas, fueron pronto expulsados de la plaza por orden terminante del Gobernador Elio.

—¡Jesús nos ampare!—Era éste el grito de auxilio de Doña Socorro. Los horrores de la guerra comenzaron á hacerse sentir en los de la plaza. Adiós paseos, candombes del *Retiro*, espectáculos de la *Casa de Comedias* y reuniones sociales en casas de familias pudien-

tes, tales las de Chopitea, Magariños, De las Carreras, Balbín, Achucarro, Barreiro, Errasquin, Godefroid, Pagola. Ya no se bailaban rigodones ni minuets por damas elegantemente puestas luciendo en sus peinados de rodetes grandes peinatones, entanto los caballeros, de frac y calzón corto, hacían prodigios de amable galantería. Hasta Don Martín temblaba no sólo por él sinó por aquellos señores Cabildantes que, precedidos por maceros y clarín, presentábanse en ciertas ceremonias vestidos de gran gala, con calzón corto y casaca negra, zapatos con hebillas y piedras de lujo, chupetín de raso blanco bordado de oro, media negra, sombrero apuntado, y esgrimiendo la simbólica vara de ballena de forma cilíndrica.

Luego, aconteció una noche que entre los llantos de Doña Sorcorro, el dolor de Maruja y los lagrimones de Don Martín, Pépillo, ya en edad de servir al Rey, fué llevado por el alferez Lobo para engrosar las filas de sus infantes, con formales promesas de velar por el muchacho.

Iba el chichuelo de mal grado, mirando fosco á Lobo, dudando de la sinceridad del alferez, y en lo cual no iba errado, pues aquél, muy felón, por obra y gracia del travieso Cupido, habíase valido de tal extratagemas para poder requerir de amores y con mayor libertad á Maruja, por quien un insensato desea le atormentara desde tiempo atrás...

Mas en la primera salida que hiciera con los de la plaza, pasóse el rapáz al campo patriota, pero no sin antes gritarle á Lobo, con potente amenaza:

— *¡Me quedo aquí, con los nuestros, y pronto iré por Maruja!*

Huyó el alferez con sus godos, perseguido por un pelotón de *Blandengues* que esgrimían espingardas fenomenales y pesados sables con cazoleta, y entre golpes y tumbos por cuestras y baches, la amenaza del muchacho llegábale á los oídos, entre el estrépitos de los arcabuzazos y los gritos de la trifulca:

— *¡Me quedo aquí, con los nuestros, y pronto iré por Maruja!*

¡Y qué orgallo el de Pepillo, cuando Artigas, conocedor del rasgo heroico del chiquilín llamóle á su presencia!

Pepillo inchose de puro gozo. Tal distinción colmaba sus halagos. Con ojos enormes miraba él al tan mentado Artigas, á aquél hombre de mirada relampagueante y nariz aguilena de conquistador. Mirábale como á un ser super-terrestre, del cual había oído contar proezas sin nombre y actos de heroísmo imperecedero.

Durante la primera semana de estadía entre los sitiadores, Pepillo creyóse estar en otro mundo. — *¡Por Barrabás!* — como dijera el alferez Lobo, ¡qué gentes aquellas para soportar hambres y mil penurias! Allí habían muchos, por cuyo físico y modales bien se adivinaba estar acostumbrados á ciertas holguras; otros, hombres de campo, merenos, hercúleos, de tez tostada por ardientes soles y con luengos cabellos renegridos que les caían como salvajes crines.

En cuanto al vestir era de lo más pintoresco: el calzón corto de caballero y el chiripá humilde; la casaca militar y la chapona haraposas; la bota de potro y la alpargata plebeya; el kepí galoneado y el chambergo con barbijo; el gran pañuelo terciado, el chaleco de tres botones, el poncho de vicuña ó de simple bayeta.

Respecto á armas: fusiles de chispa, bayonetas de un metro y medio, lanzas construidas con tijeras enastadas, boleadoras de piedra toscamente pulida, inachietes de hoja ancha y dura, sables curvos como guadañas, pistolones bárbaros, trabucos que al disparar de una sola vez cuatro docenas de pedruzcos y recortes de plomo hacían un estruendo que ni el de un cañón de á 24.

Y á todo esto ¿qué era de Maruja?... ¡Dios santo! Pepillo se lo preguntaba entre sollozos, cuando la nostalgia le hacía mirar con desesperación hacia la ciudad de los Virreyes, erizada de tronantes baterías.

Echaba él, de menos, la casa paterna y el tenducho de la calle de *los Judíos*; la misa dominical, los paseos de esas tardes en compañía de Maruja, mientras los tíos, muy orondos, mostrábanse orgullosos de aquella prole tan guapa; las opíparas cenas de platos coloniales; el caserón solariego; el corral con gramillas en flor donde triscaban los patos cambuetas, las gallinas bataraces con sus crías y *Mister Pám*, un gallo de cresta roja y espolones temibles que se paseaba muy orgulloso como un gran turco entre sus favoritas; el patio de piedra toscana, donde Pepillo iniciase los primeros juegos de su niñez y tantos hartazgos se diera con aquellos racimos luminosos de uva moruna que le tentaban desde el zarzo; finalmente, las veladas por la noche, junto á la prima, en tanto los mayores platicaban con aquel alférez tan gritón y panzudo.

Nublábanse de llanto los ojos de Pepillo ante estos recuerdos reciénicos de ayer. Los ojazos negros de Maruja, sus dientecillos de muñeca, sus mejillas rozagantes sombreadas por una pelusilla de melocotón, no se le apartaban ni aún en sueños. Si hasta parecía escuchar su voz, aquella voz acariciadora y de mimo que le decía: *Oye, Pepillo, alcánzame la aguja para zurcir este fruncido*, y allá iba la aguja; cogiéndola Pepillo del cesto de costura y ofreciéndola con mil precauciones á la prima para ver de no lastimar sus deditos regordetes, de carne muy lechosa y mejor contorneada.

¡Ay! ¿es qué ya tornarían para Pepillo esos ratos?... Miraba él, ávidamente, hacia los muros de la ciudad, y cuando los dos cañones del ejército sitiador bombardeaban la plaza, empleando por forzosa economía las mismas balas que de esta le arrojaban, Pepillo horrorizábase al pensar que tales proyectiles hicieran víctimas á los suyos; pero brincaba él de gozo imaginándose que pudieran hacer papilla al alférez Lobo, su solapado rival...

Entre tanto transcurría el tiempo; patrullas volantes reñían continuamente con los *godos*, y muy pronto supose con regocijo en el campo patriota que aquellos acababan de sufrir un nuevo desastre, pues Vigodet habíase visto obligado á evacuar la Colonia, clavando la artillería y retirándose por agua á Montevideo.

Finalmente, allá en un atardecer muy triste de los comienzos de Julio, Pepillo tuvo un alegrón inmenso, al ver allegarse al campamento, entre otras gentes, á don Martín, doña Socorro y Maruja.

¡Santo Dios! Pues mi sorpresa para el muchacho. ¿Soñaba acaso?... Pues no, ¡Cristo! Allí estaban ellos que le molían á abrazos enrojeciéndole también los cachetes á besucones.

Galería de autores Americanos



Enrique Gómez Carrillo

— ¡Jesús! ¡Válgame Dios! — exclamaba la buena señora, llorando á lágrima viva.

Y supose lo ocurrido: venían expulsados de la plaza por ciertos alardes patrióticos de don Martín y por delaciones del felón Lobo, quien haciendo traición á la proverbial hidalguía castellana, no logrando hacerse amar de Maruja ni tampoco aceptar como pretendiente, habíase vengado por despecho, denunciándolos como rebeldes al vasallaje.

¡Pues ni porvenir más negro se les venía encima!... Lloraban los tres, abrazados á Pépillo, quien avalorando la magnitud del rasgo heroico de Maruja y el sacrificio de sus mayores sentía acrecentar su amor por la chiquela y su admiración por estos últimos.

Más, ahora, todos encontrábanse allí, reunidos, entre las fuerzas del *Jefe de los Orientales*.

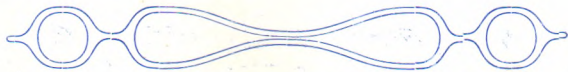
Iba anocheciendo. Con las últimas claridades del crepúsculo se esfumaba el caserío colonial; una niebla húmeda opalizaba el paisaje gris, y en el campo de los patriotas comenzaron á encenderse grandes hogueras.

Entonces, ante la noche en ciernes, los refugiados buscaron asilo donde pernoctar.

Allí permanecerían, junto al ejército libertador, bajo la tutela de aquellos héroes terribles y abnegados que suplían la falta de armamento con hojas de cuchillo y tijeras de trasquilar enastadas en tañuaras y palos, haciendo proezas de arrojo indomable. Allí permanecerían con las demás familias que, voluntariamente, y hasta alcanzar después el número de *catorce mil almas*, sacrificando su bienestar y abandonando sus hogares, siguieron más tarde á Artigas en su doloroso y épico peregrinaje por nuestras campiñas desoladas, odisea fantástica y heroica, que constituyó por su grandeza un ode los episodios más culminantes de nuestra emancipación.

Se hizo la noche, lóbrega y cruda. Bajo el cielo constelado de estrellas llameaban los fogones de los sitiadores; á ratos, en la obscuridad, mugía el cañón. Después las horas avanzaron; turnábanse los centinelas, y todo aquél campamento de guerreros y paisanos, de hombres, de mujeres y de niños que fueron el cimiento de todo un pueblo hoy libre y emancipado, entregóse al reposo, soñando como los Héroes con la Victoria del mañana, que al fin llegó, entre clarinadas triunfales y chispazos de Gloria!

JUAN PICÓN OLAONDO.



EL MADRIGAL

Del poeta Emilio Trias Du Pré

Un pensamiento delicado, una fugaz vibración de amor, un ensueño de dos seres alejados durante algunos instantes de las prosaicas realidades de la vida, impregnan estos hermosos versos de no sé qué suave y misterioso encanto. En la terraza de un casino, bajo las dulces caricias de los lampos lunares, aspirando los perfumes de un jardín rebosante de gayas flores, escuchando los acordes, alegres y vivos, de la música de un baile de máscaras, una dama con antifaz y un poeta dialogan en dulce intimidad...

El agua de un surtidor cercano pone como una nota de frescura en el ambiente tibio. Las horas pasan. *La noche, la ocación*, que dijo Campoamor en una de sus más bellas y conocidas doloras, se presta admirablemente para el coloquio de dos almas de selección, que aprovechan esos rápidos instantes para dar expansión á recónditos sentimientos...

En el hermoso prelude, al referirse al asunto de la obra, exclamó el poeta:

« Encanto que de un cuento de Abril fuere
contado en el romance castellano;
cuento que tiene el son de un miserere
que suena un campanario muy lejano... »

« Cuento que repereute cada una
las horas de un fugaz encantamiento;
cuento para contarse si la luna
quiere escuchar nuestro divino cuento... »

En medio del rítmico discreto — aparición melancólica — surge el amor y dice:

« Ando en busca de un beso que escapado
del broche de una boca hasta la luna,
fuese á buscar un otro beso amado,
nostálgico, quizás, desde la cuna... »

Pasan los instantes serenos y luminosos. Un dominó negro y rojo entra para alejarse seguidamente. Es el marido celoso que acecha en la sombra. Prosigue el diálogo. Así se expresa el poeta:

« Vasos serán mis manos para el llanto
de vuestros ojos tristes, y el encanto
de nuestro amor acertará la senda;
nuevos mundos habrá que á nuestra planta
presten la paz de una esperanza nueva... »

Pero la dama desconocida le contesta que no puede amarle; que solo quiere ser para él una flor de ensueño.

En el fondo es como el símbolo perennemente atrayente de algo inasequible de una seductora quimera, de una esperanza irrealizable.

Por eso le dice:

¿ Quién será la enmascarada,
que tira tan bien la espada
y me ha herido el corazón?...
Y os dirá la flor donada:
¡ una ilusión !

Todo es bello y suavemente melancólico en este poemita dramático en que hay como un derroche de sentimientos delicados y un lirismo de muy atractivos y hermosos matices

FEDERICO GARCÍA GODOY

Santo Domingo—1912

TEATROS

Solis. — La Orquesta Nacional continúa la série de conciertos que desde hace más de un mes viene realizando bajo la valiosa dirección del profesor Luis Sambucetti.

La obra que efectúa esta orquesta es dignísima y humana. Ella tiende á educar el gusto del pueblo, haciéndole conocer las mejores obras musicales, contribuyendo en forma eficaz á despertar sus sentimientos artísticos, á precios accesibles á las clases populares.

Los alumnos de la Escuela dramática que dirige la eximia artista señora Jacinta Pezzana, aporta también su contingente, intercalando algunas obras, que á la vez dan campo á los noveles actores, para ir formando sus personalidades artísticas.

En tanto, el activo empresario del teatro, señor Rendina, ultima los preparativos para los próximos debuts de las compañías por él contratadas, siendo á la de operetas que dirige Marchetti, á quien corresponde iniciar la temporada, anunciada para en breve.

Urquiza. — Clara Delia Guardia, la simpática actriz italiana que tantos aplausos ha conquistado en nuestros teatros, continúa haciéndonos conocer las últimas obras del repertorio italiano y del francés. Entre las novedades figuran: « Rosmunda », del notable poeta Gem Benelli, autor de la « Cene delle befe »; « Il perfetto amore », de Roberto Bracco, que tantos adictos cuenta entre nosotros; « Dopodime » de H. Bernstein; « Sogno d' un tramonto » de Gabriel

Annunzio y otras que no recordamos.

La compañía, formada por elementos homogéneos, interpreta las obras con bastante corrección, destacando entre ellos, además de la Della Guardia, el primer actor Ettore Paladini, viejo conocido de nuestro público, lo mismo que el señor Ernesto Della Guardia, que en la hermosa comedia, de A. Hermant « I transatlantici », tantos aplausos conquistó, poniendo una vez más de relieve sus grandes condiciones de cómico.

También contribuyen al mejor éxito de la compañía Genna de Sanctis, Ema Musso; Magda Casale, etc., y Julio Jemmó, Totó Rizzotto, Carlos Bianchi, etc.

18 de Julio. — Arsenio Perdiguero, con su compañía de zarzuela y opereta española, continúa actuando en este teatro con el más decidido apoyo del público del Cordón. Juanita Ramón, siempre tan gorda y frescachona, con sus agudos, y Mercedes Díaz, con su gracia característica de la tierra natal, han sabido conquistarse las simpatías de los *habitués*. En cuanto al sexo feo... pero que feos son en realidad!...

Cibils. — También en este teatro tenemos zarzuela. Con Rafael Alarín al frente, los triunfos se conquistan fácilmente. Cooperan en los éxitos, las señoras Membrides y Castillos; las señoritas Delgado, Rosales, Fernández, etc., y los señores Torres, Sanchiz y otros de no menor valía.

FROM.

Clásicos Castellanos

Ediciones de "La Lectura" de Madrid

EN RÚSTICA \$ 0.75, EN TELA \$ 1.00, EN PIEL \$ 1.25

EN VENTA:

Santa Teresa — Tomo I. *Las Moradas.*

Tirso de Molina — Tomo I. *Teatro.*

Garcilaso — *Obras.*

Cervantes — *Don Quijote.* Tomos I, II y III.

Quevedo — Tomo I. *Vida del Buscón.*

Torres Villarroel — *Vida.*

EN PRENSA:

Duque de Rivas — *Romances.*

Cervantes — *Don Quijote.* Tomo IV.

EN PREPARACIÓN:

Lope de Vega — *Obras. I.*

Cervantes — *Don Quijote de la Mancha.* Tomos V y siguientes.

Cervantes — *Novelas ejemplares.*

Fray Luis de León — *Obras. I.*

Antonio de Guevara — *Menosprecio de corte y alabanza de aldea.*

Santa Teresa — II. *Vida.*

Arcipreste de Talavera — *El Corbacho.*

Hurtado de Mendoza — *Guerra de Granada.*

Marqués de Santillana — *Obras. I.*

Cantar de Mid Cid — (Edición anotada por don Ramón Menéndez Pidal).

Avila — *Epistolario.*

Obras de Francisco Villaespesa

Poesía

La Copa del Rey de Thule	\$ 0.75
Rapsodias	» 0.50
Las Canciones del Camino	» 0.50
Tristitia Rerum	» 0.75
Carmen	» 0.50
El patio de los Arrayanes	» 0.75
Viaje sentimental	» 0.75
El Mirador de Lindaraja	» 0.75
El Libro de Job	» 0.75
El Jardín de las quimeras	» 0.75
Las horas que pasan	» 0.75
Saudades	» 0.75

In memoriam	» 0.75
Bajo la lluvia	» 0.90
Torre de Marfil	» 0.75
Andalucía	» 0.90
Los Remansos del Crepúsculo	» 0.90
El espejo encantado	» 0.90
Collares rotos	» 0.25
El Balcón de Verona	» 0.90
Panales de oro	» 0.90
El Alcázar de las perlas	» 0.90

Prosa

Zarza florida	» 0.70
Julio Herrera y Reissig	» 0.50
Breviario de amor (con ilustraciones	» 0.75

Eduardo Zamacois
Noches satánicas

(Novelas cortas)

1 tomo rústica \$ 0.40

Francisco Villaespesa
El alcázar de las perlas

(Leyenda trágica)

En rústica \$ 0.90, en tela

\$ 1.15 en piel \$ 1.40

Pérez y Curis
Por jardines ajenos

(Letras Hispanoamericanas)

1 TOMO EN RÚSTICA \$ 0.50, ENCUADERNADO EN TELA \$ 0.70

Prudencio Canitrot
SUEVIA

(Novelas cortas)

1 tomo rústica, \$ 0.90

Prudencio Canitrot
CUENTOS DE
ABADES Y DE ALDEA

1 TOMO RÚSTICA \$ 0.75

JUAN MORTALVO

SIETE TRATADOS

2 TOMOS 1/2 PASTA \$ 12.00

Eduardo Marquina
EL REY TROVADOR

(Con ilustraciones en color)

En rústica \$ 0.90, en tela

- - \$ 1.15, en piel \$ 1.40 - -

C. Guido y Spano
Poesías completas

1 tomo rústica \$ 2.00

1 " tela " 2.50

Ricardo Agrasot

Historia, teoría y técnica
ornamental de Egipto - -

1 tomo ilustrado, en tela \$ 3.25

Librería "Mercurio" -- Sarandí, 240

DE

LUIS y MANUEL PÉREZ, editores

Obras de autores nacionales

CARLOS ROXLO	— Flores de Ceibo, en tela	\$ 2 50
»	» — Cantos de la Tierra, » »	» 2 50
»	» — Luces y Sombras, » »	» 1 50
»	» — Curso de Estética, » »	» 1 80
»	» — Los Poetas del Renacimiento, en tela	» 1 50
»	» — Glorias de América, rústica	» 0.60
JOSÉ ENRIQUE RODÓ	— Ariel, edición Sampere.	» 0.15
»	» » — » » Serrano	» 0.30
»	» » — Proteo	» 1 00
CARLOS REYLES	— Primitivo	» 0 30
»	» — Beba	» 1 00
»	» — La Muerte del cisne	» 0 75
»	» — La Raya de Caín	» 0 75
EDUARDO ACEVEDO DÍAZ	— Brenda	» 1.50
»	» » — Ismael	» 1.20
»	» » — Grito de Gloria	» 1 20
»	» » — Nativa	» 1 50
»	» » Soledad	» 1.20
JAVIER DE VIANA	— Campo	» 1.00
»	» » — Guri.	» 1 00
J. ZORRILLA DE SAN MARTÍN	La Epopeya de Artigas, 2 tomos en tela	» 5 00
J. ZORRILLA DE SAN MARTÍN	— Tabaré.	» 0 50
»	» » » — Conferencias y discursos	» 0 60
»	» » » — Resonancias del camino.	» 0 40
»	» » » — Huerto Cerrado.	» 0.40
»	» » » — La Leyenda Patria, en tela	» 1 00
PÉREZ Y CURIS	— La canción de las crisálidas	» 0 50
»	» — Heliotropos, segunda edición	» 0.40
»	» — Rosa ignea (cuentos)	» 0 25
»	» — Alma de idilio.	» 0 50
»	» — Por jardines ajenos.	» 0.50
»	» — <i>El mismo en tela</i>	» 0 70
»	» — La epopeya de la vida	» 0 75
»	» — El poema de los besos, en tela	» 0.80
EMILIO TRÍAS DU PRÉ	— Auroral	» 0 30
»	» » — El madrigal.	» 0.25
P. LÓPEZ CAMPAÑA	— Fanfarria de Prejuicios	» 0 50
ANDRÉS T. GOMENSORO	— Ensueño de Primavera.	» 0.30
ADRIANO M. AGUIAR	— Kara-Koutié	» 0.15
JUAN CARLOS GÓMEZ	— Poesías selectas, (en tela).	» 1.50
SAMUEL BLIXEN	— Casos, Dichos y anécdotas	» 1.00

Obras del doctor Alberto Orsi

CADA TOMO EN RÚSTICA \$ 0.60

El aparejamiento humano.
Obstáculos de la voluptuosidad.
Virginidad.
Lujuria y Castidad.
La Mujer desnuda (Psicología del pudor).

Biblioteca económica

De Clásicos Castellanos

EN RÚSTICA \$ 0.50, EN TELA \$ 0.70

DON LUIS DE GÓNGORA — Obras poéticas.
GONZALO DE BERCEO — «Prosas».
QUEVEDO — Los Sueños.
SAN JUAN DE LA CRUZ — El Cántico Espiritual.
ESTEBAN GONZÁLEZ - Estebanillo González, hombre de buen humor.
EL ARCIPRESTE DE HITA — El Libro de buen Amor.
HURTADO DE MENDOZA — Lazarillo de Tormes. } 1 tomo
VÉLEZ DE GUEVARA — El Diablo Cojuelo. }
MORATÍN — La Derrota de los Pedantes y Poesías.
EL MARQUÉS DE SANTILLANA — Poesías.
FRANCISCO DELICADO — La Lozana Andaluza.
JORGE DE MONTEMAYOR — La Diana.
CERVANTES — Teatro.
CASTILLO SOLÓRZANO — La Garduña de Sevilla.
GARCILASO -- Las Eglogas (con las anotaciones de Herrera).
ANTONIO DE GUEVARA — El despertador de cortesanos.

Escritores franceses

Obras de Anatole France, Pierre Loti, Samain, Gregh, Verhaeren, Banville, Kahn, Régner, Glatigny, Moréas, Leconte de Lisle, Baudelaire, Verlaine, Rimbaud, Mourey, Haraucourt, Sully Prudhomme, Francis Jammes, Vielè-Griffin, Tailhade, Paul Fort, Laforgue, Herédia, Le Cardonnel, Stuart Merrill, Sainte Beuve, Comtesse de Noailles, Saint-Victor, Gautier, Rollinat, Lamartine, Victor Hugo, Musset, Dierx, Flaubert, Rostand, Vigny, Rodenbach, Silvestre, Gourmont, Richépin, etc., etc.

ESTE NÚMERO

EXTRAORDINARIO DE "APOLO" ACABÓSE DE IMPRIMIR EL 15 DE JUNIO

PRECIO DEL EJEMPLAR \$ 0.30